

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XII

BARCELONA 30 DE MAYO DE 1901

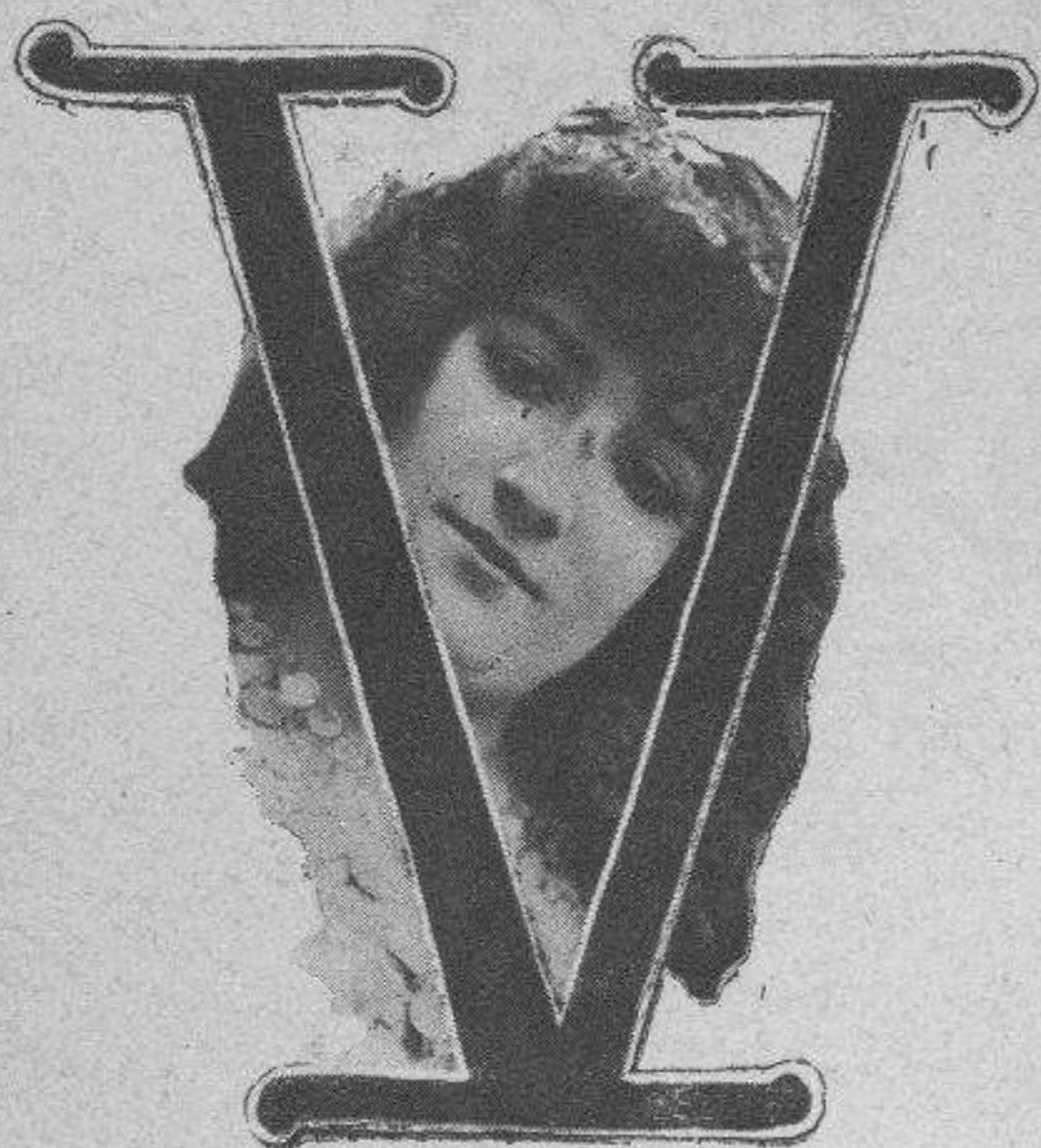
NÚM. 549

ARTISTAS DE ZARZUELA

(TEATRO GRANVIA)



ANTONIA ARRIETA



CHARLA

OLVEMOS á estar tranquilos; ya ha pasado todo peligro; ya se hicieron las elecciones de diputados á Cortes...

¡Ya somos felices!

Bien es verdad que la cosa ha costado su poquito de sangre .. ¿Y qué? Se ha derramado por defender un ideal hermoso, por sacar á flote lo bueno y lo moral...

¿Se ríen ustedes? ¿Que no estoy en lo firme?

No hagan ustedes caso: era una broma; pues demasiado sé que la farsa está á la orden del día.

La cuestión es pescar un acta, aunque después tenga que pasar á la *colada*; y después á dormir sobre los laureles y á *sacar* la lengua en el Congreso.

Y á todo esto, los pobres que han ido á las urnas de buena fe, esperan inútilmente que lleguen las protecciones y mejoras que el candidato charlatán había prometido en un centenar de manifiestos.

Del mismo modo, los *comprados* y los *coaccionados*, escriben pidiendo más, los unos, y reclamando algo los otros.

Y al que le ha tocado entregar su alma á Dios en la puerta de un colegio, ése está más tranquilo aún que el candidato, y hasta parece que hace burla de las miserias mundanas, con la horrible mueca que por última vez se dibujó en sus labios.

Pero, como decía al principio:

Ya ha pasado todo. *El vivo á su casa y el muerto al canal.*

El diputado á darse tono y á hacer el ridículo en todas partes.

Y los electores á su pueblo, á trabajar allí con fe en todos los ramos, y á aguantar impuestos de todas clases, y á perder la vida y la fortuna entre las cenagosas aguas procedentes de un río que se desborda...

El diputado está en Madrid, entretanto, engañando al pueblo y hasta á su pobre mujer.

¡Ah, señores!... Los diputados jóvenes son atroces, y los viejos más atroces todavía.

Van al Congreso, y allí empiezan por dormirse pensando en la mona de pascua, y, ¡claro!, detrás de la *mona*, sueñan con la corista de la punta de la derecha, que vieron en Apolo, y forman su plan, y se deciden, y se gastan hasta el último céntimo en bien del *páís* y de la *masa coral*.

¡Pobres señoras de los diputados!

¡Pobres pueblos que los votaron!

Las primeras esperan con ansia la vuelta del político esposo.

Todos los días, sin dejar uno, compran los periódicos, buscando con ansiedad el discurso que *su* diputado ha pronunciado en las Cortes.

Pero, nada, el discurso no llega; el marido aquél parece que ha caído en un pozo. ¿Qué diablos hace este hombre?

Escribe, sí, trabaja á media noche en su despacho, hasta dejar tres cartas encerradas en sus sobres.

Por fin recibe una epístola de éstas la esposa del diputado.

—¡Ya era tiempo!—suspira, al verla.

Y, rompiendo el sobre, lee el primer párrafo, después la firma, y cae desmayada como una tonta.

La carta empieza así:

«Retequeridísima *Pajaritos*: Anoche no pude ir á verte porque le tenía que escribir á mi esposa (que así reviente), y al jefe del partido. Pero esta noche cenaremos, pasearemos en coche, te llevaré los pendientes de esmeraldas y te daré cincuenta besos en el pelo, en la frente, en la boca y en todas partes, porque no tienes desperdicio.»

Se comprende el desmayo de la señora.

A la misma hora, recibía el jefe del partido la siguiente carta:

«Querida mía: A pesar de que estoy lejos, no te olvido; trabajo mucho con este demonio de cargo que he aceptado por compromiso, y no tengo tiempo ni para dedicarte un cuarto de hora.

»Ya no sé cuándo te podré escribir, pues el necio del jefe del partido me acosa con cartas y encargos ridículos.

»Adiós, pichona, y piensa en tu pobre marido.»

Creo inútil decirles que el cacique del pueblo es capaz de comerse la carta y tragarse después al diputado.

Pero de todas las misivas, la más cómica la recibe la corista.

Dice así:

«Sr. D. Casimiro Rodajones:

»Muy señor mío é ilustre jefe. Ya tengo preparado el discurso, que lo pronunciaré un día de éstos, y no lo he hecho ya, porque tengo un flemon en este lado de la cara que me duele mucho.

»Me ocupo mucho, mucho, en todos los asuntos que me recomiendan, y ya llevo puestas de mi bolsillo particular dos mil quinientas pesetas, que le ruego me mande, pues no tengo un céntimo.

»¿Qué tal la política en ésa?

»Dígame usted algo, porque estoy en ascuas.

»Sabe es su más rendido y fiel amigo...»

—¡Conque no tiene un céntimo!—suele exclamar la corista, al leer la carta de su amante.

Y con esto basta para darle con la puerta en las narices al día siguiente.

¿Qué les parece á ustedes?

Cuando estos diputados cometen torpezas como la que acabo de exponer, en asuntos propios, ¿qué harán con los ajenos?

No hay que meditar mucho para encontrar la solución.

Pero ya están elegidos; ya pasaron los garrotazos y tiros de las elecciones; ya hemos recobrado la perdida calma.

Y ya he terminado yo esta *charla*, que también era tiempo.

JOAQUÍN ARQUES.



—Es un grupo original, muy artístico y muy bello. ¿Le gusta, don Casimiro?
—Mucho, sí; pero no puedo.

EL SALUDO

(ILUSTRADO POR LAS ARTISTAS SEÑORITAS TABERNER Y MANRUBIO)

SE encontraron una mañana en la calle, se vieron desde cierta distancia, se conocieron y continuaron avanzando... Ya no era tiempo de retroceder.

Luisa se mordió los labios con ira.

dibujaron dos sonrisas francas, al parecer.

—¿De compras?—preguntó Luisa.

—¿De compras?—dijo al mismo tiempo Amalia.

Ninguna sabía lo que había preguntado, porque su pensamiento estaba muy distante.

—Pues sí,—dijo Luisa.

—Eso es,—añadió Amalia, sonriendo.

—Bueno, pues... Y ¿cómo sigue mamá?

—Sí, ya... conque... ¿la modista?

—Justo. ¡Estos malditos nervios...!

—Yo me alegro... ¡Uf!...

¡Esta pertinaz jaqueca...!

—Lo celebro infinito...

Conque... Amalia...

—¡Ah! Sí... Luisa...

Al llegar aquí la una y la otra pierden el color, sufren un pequeño estremecimiento y tornan á la vida real.

—¡Jesús, qué distracción! No te he preguntado por Antonio,—dice Amalia con cierto retintín.

—Ni yo á ti por Ricardo,—añade Luisa en el mismo tono.

—Pues, hija mía, mi esposo sigue tan bueno y tan feliz.

—Pues, hija de mi corazón, el mío cada vez más tonto y más enamorado.

—Soy lo que se llama una mujer feliz.

—Y yo otra.

—(¡Qué necia!)

—(¡Qué mema!)

—Luisa...

—Amalia...

Y ambas se besan como dos buenas amigas,

y durante el beso, que no es muy largo, piensan á la vez:

—No es posible; tu esposo es á mi á quien ama de veras.

Y vean ustedes cómo de un solo saludo, resultan cuatro personas engañadas.

¡Pobres maridos!



Amalia estrujó el bolso de finísima piel que pendía de su brazo.

Las dos mujeres se contemplaron y se midieron con una sola y rapidísima mirada.

Aquello fué un relámpago que pasó en el mismo momento de verse.

Y sin dar tregua al pensamiento, sin desviar la ruta que ambas seguían, se vieron frente á frente, sus manos se estrecharon y sus labios

LAURA Y FIFÍ

Los balcones de mi despacho estaban completamente abiertos; el sol penetraba en la habitación difundiendo en ella claridad intensísima, y yo, desde mi bufete, contemplaba el hermoso cuadro que las fértiles campiñas ofrecían en aquel alegre día, al destacarse de un fondo pintoresco que lo formaban lejanos y poblados montes; y, absorto en tal contemplación, poetizaba *in mente*, oyendo el melodioso gorjeo de los pájaros y respirando un aire denso y caluroso que transportábame aromas de violetas, rosas y otras flores de los amenos jardines de la finca.

Las violetas, ¡oh, qué hermosas flores! ¡Cuánto me gustaban! Y ¿cómo no habían de gustarme, si era también la flor predilecta de Laura?

¡Laura! ¿Qué sería de ella, que todavía no la había visto? ¿Estaría durmiendo? ¿Habría madrugado para ir á misa?

La idea de Laura me había sugerido un pensamiento que iba á realizar en seguida.

Sí... Bajaría á los jardines, haría un espléndido ramo de violetas y se lo regalaría, á cambio de alguna flor mustia de las que habían adornado su pecho.

De pronto oí el chirrido de una puerta que se abría; luego el taconeo de diminutos pies, y, á su compás, el suave crujir de faldas. Parecíanme aquellas pisadas femeniles y aquel cadencioso ruido de femeniles faldas, voluptuosa armonía que el recuerdo de Laura agrandaba, produciéndome mezcla extraña de sensaciones que aplanábanme, porque aplanan siempre las amalgamas de afectos puros é impetuosas pasiones, disfrazadas al amparo de intensísimo cariño.

La había reconocido por los pasos y sentí en mí conmoción de tranquilo bienestar. «Ella es», me dije; y excitando mi imaginación con su

recuerdo, me sentí feliz, dejé la pluma, recostéme sobre el sillón, y, extendiendo la vista por el sublime paisaje que la espléndida naturaleza mostraba, soñé despierto... y fui dichoso.

Laura me quiere, pensé, y empecé á recordar una por una, todas las pruebas que de su cariño tenía; volvía luego á contarlas, deteníame en las que más eran de mi agrado, adornábalas con todo el lujo de detalles, é idealizándolas meditábalas, y á su recuerdo me sentía feliz: luego abstraíame, cerraba los ojos, complacíame en reproducir su imagen, veía á Laura tal cual era, hacía repetir escenas que entre nosotros habían pasado, figurábame otras que habrían de suceder, llegando en mi delirio á olvidar lo imposible, perdía la noción de los obstáculos, y haciendo retozar en mi interior infantil alegría, convertía mi cerebro en hervidero de ideas, donde, al calor de un refinado idealismo, bullían las pasiones propias de un desenfrenado amor.

—Basta de meditación,—dije.

Y, levantándome presto, salí del despacho, bajé las escaleras y me fuí al jardín ¡Quería refrescar mi mente! ¡Quería hacer el ramo de violetas que debía regalar á Laura!

Lector: mientras cojo las violetas, formo el ramo, le ato y, descansando un rato á la sombra de un naranjo, fumo un pitillo, fijate tú en este retrato y conocerás á Laura. Alta; flexible; de cabellos rubios; cutis blanco y, á modo de pinceladas, labios de grana rojo que resaltan con la palidez del rostro; nariz romana; ojos negros, grandes, vivarachos; mirada penetrante; cara risueña...; en resumen: un conjunto de hermosura, un modelo de extraña belleza que enamora y enloquece.

Llamé suavemente á la puerta del tocador.



La Saeta

—Adelante, Rosa,—dijo Laura, creyendo, sin duda, que era una de las sirvientas la que había llamado.

Abrí la puerta y entré. Laura estaba peinándose, y, al verme, su rostro se cubrió de color. Iba á reñirme por mi atrevimiento, pero no la dejé; impúsela silencio llevándome un dedo á la boca, y, hablándola quedo, le hice entrega de las violetas, pedíla una flor y me aproximé para que me la colocara en el ojal de la chaqueta. Un peinador blanco cubría su cuerpo, pero no tanto que impidiera el ver un magnífico escote y por él un seno alabastrino con prominencias que no se veían, pero se adivinaban; era el arranque de los pechos tan saliente, que los sentidos presumían la gigantesca talla del resto; era tan delator el comienzo, que denunciaba la modelación del resto de la obra. Las esencias del tocador llegaban hasta mí en olores mezclados; el pacholí, las violetas, los polvos, los jabones y otras menudencias, producían un conjunto aromático excitante.

¡Qué hermosa estaba así, sofocada por el rubor! Sentí en mi cerebro fuego; el contacto con la mano de Laura fué el chispazo que me despertó por completo las pasiones sensuales. Me ruboricé yo también, mas mi rubor no estorbó que imprimiera en los frescos labios de Laura un sonoro y apretado beso que, potente, repercutió en el resto de la casa.



MLLE. AURA

Aun vibraban intensas las ondas etéreas propagando el sonido del beso, aun sentíamos sus efectos, aun gozábamos la dicha que él nos había proporcionado, cuando nos heló el corazón una voz ronca que gritó desaforada: ¡Laura!...

Era nuestro tío que nos había sorprendido, y á su presencia salí confuso de aquella habitación, mientras Laura rompía en copioso llanto, en llanto de vergüenza.

* * *

Cumpliendo la pena impuesta por mi tío, tomé el tren y llegué á París.

París, al principio, me aburrió extraordinariamente; nada me divertía, nada era capaz de borrar el recuerdo de Laura.

Pasaron dos años, y poco á poco fué mitigándose mi amor; ya pocas veces me acordaba de Laura.

En París viví con una mujer parecidísima en lo físico á Laura. Era como ella rubia, de negros ojos; llamábase Fifi, ó al menos así la oí siempre llamar; pertenecía al grupo de mujeres que los franceses llaman *femme de mauvaise vie*. Decíamos que era mi mujer, y bajo tal título la presentaba á mis amigos.



MLLE. BERTHE DU GENER



¿Saben ustedes por qué sonrío esta chica? Porque se acuerda de sus cinco amantes y no sabe cuál es el más necio de todos.

Hacía mucho tiempo que no sabía de mis tíos ni de Laura. Por fin, un día tuve carta; era de mi tía y decía así:

«Querido Ramón: Convendría que vinieras inmediatamente. Laura está bastante grave y los médicos opinan que su enfermedad es una afección moral, que acaso pueda sufrir alivio con tu presencia.

»Tu tío y yo consentiremos en vuestra boda, si es que Laura sobrevive á este arrechucho.

»Ven en seguida, y, entre tanto, recibe un abrazo de tu tía.—M. N. N.»

* * *

¡Era ya tarde! ¡Laura había muerto!

Cuando llegué hacía dos días que la habían enterrado. Tal fué la noticia que me dieron mis tíos.

Entré en mi despacho, abrí los balcones, y con el corazón oprimido por tan intenso dolor y ahogándome en llanto, recibí el aire, el mismo aire preñado de aromas de los campos. Antes me había hecho poetizar; hoy haciame llorar. Pensé también como antes en Laura; me acordé de las violetas y de nuestra última entrevista en el tocador, y corrí presuroso á él. Todavía respirábase allí aromas de las esencias; todo estaba igual, nada denunciaba la falta de Laura, y, sin embargo, había muerto.

Mi corazón latió violentamente, la sangre se

agolpó á mi cerebro y las lágrimas corrieron á su antojo.

Hice también un ramo de violetas y fui á posarlo sobre la losa del nicho que encerraba los restos de la única mujer á quien amé, lloré sobre su tumba, y todavía el eco repetía mi último lamento, cuando oí sonora, estridente carcajada que heló mi corazón.

¡Era Fifi que, celosa, habíame seguido y reíase de mi dolor, provocando la estúpida carcajada que profanó aquel triste y sagrado lugar.

No he vuelto más á ver á Fifi; sufro mucho con el recuerdo de Laura, lloro, y en mi dolor amo á Laura.

F. PARDO (GADINOR).

UNA BAJA

Su familia era pobre: en su morada vió reinar pocas veces la alegría, y siendo niño aún, ya conocía el trabajo que abrumba y anonada;

en su vida azarosa y fatigada trabajó, sin cesar, día tras día, porque su alma de hierro, parecía para las luchas del vivir, formada.

Combate, con ardor, constantemente; pero su débil pecho, al fin, flaquea, y le mata la tisis, lentamente.

Quizá alguno tal muerte vulgar crea; mas yo sólo diré: ¡Paz al valiente que sucumbe, con gloria, en la pelea!

GONZALO DEL RÍO.



Tiene muchísima razón para arrepentirse. Después de lo de anoche...



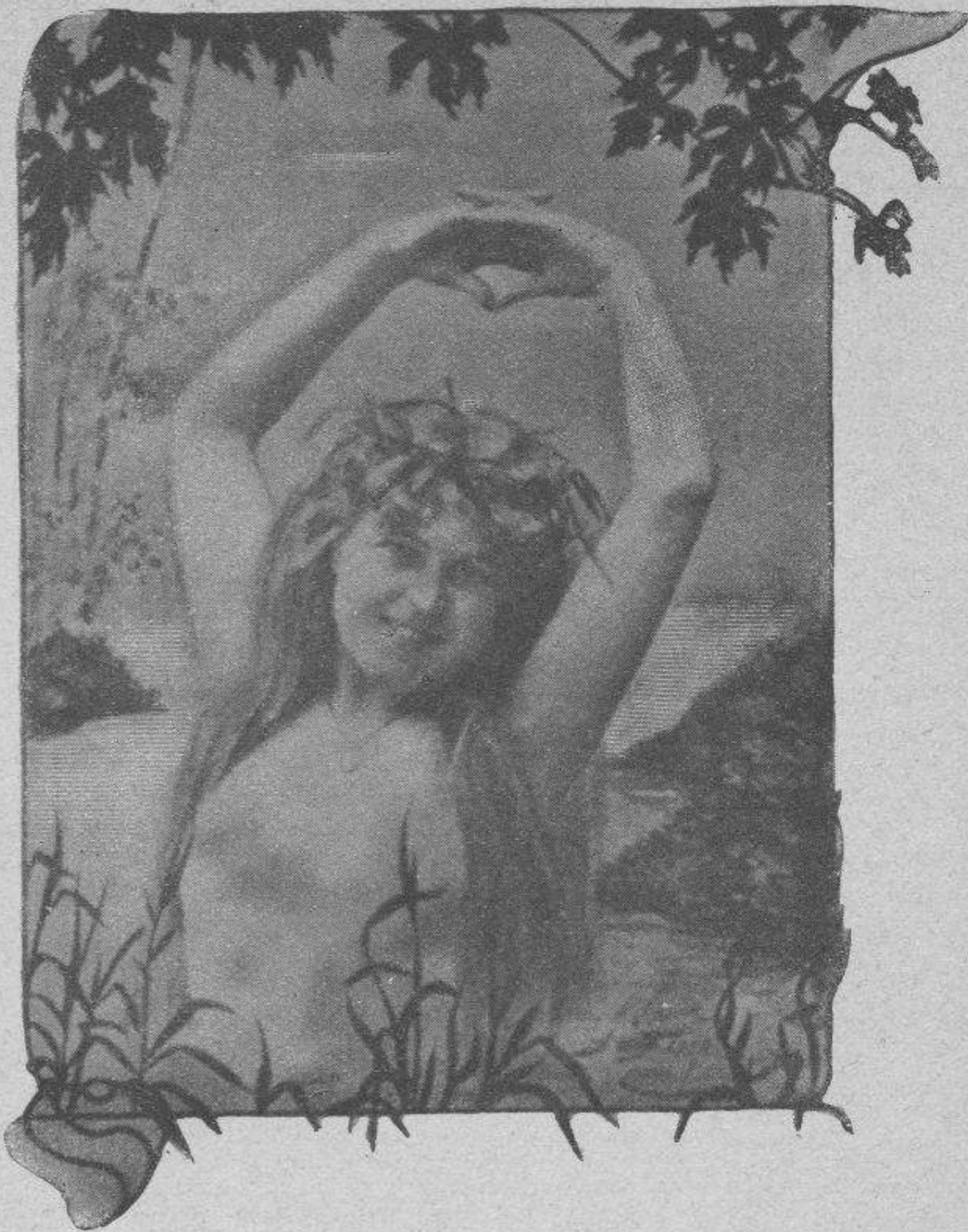
La partida de billar

POR LO FLAMENCO

QUE tengo mi valor acreditado, lo prueban bien á las claras las cicatrices que deforman mi cuerpo y este puñado de cruces que cubre mi pecho. Yo soy más duro que piedra berroqueña; yo no lloré nunca, ¡recontra!, hasta aquella noche en que se me abrió el lagrimal, y, vamos... ¡que ni la Magdalena!

Así hablaba el cabo Bravata á unos cuantos bisoños, en tanto que apuraban, trago á trago, un gran jarro de vino colocado sobre una de las mesas de la cantina y alrededor de la que formaban corro.

—Pues habéis de saber que yo, en jamás de los jamases, he sido aficionado al cante flamenco. Esos cuadros de café en que el *tocaor* rasguea la guitarra como si quisiera romper las cuerdas, el *cantaor* se arranca dando *jipíos*, en el mismo tono en que se dan las *boqueás*, prelude de un cantar áspero como el vino hecho con campeche; éste acompaña dando golpes con un bastoncito, aquél palmea y otro hace chocar las copas, me produce el mismo efecto que la artillería escupiendo pepinillos. Esa gente de oficio no se identifica con el pensamiento del cantar y no sabe expresarlo. Muchos ayes, muchos *jipíos*, voz de garganta, que atruena, que hiere el oído sin repercutir en el pecho y que hace el mismo efecto que una sinfonía de la banda de trompetas. Ninguno de esos *cantaores* siente



—Ya las tintas de la aurora de arrebol tiñen el cielo... ya cantan los pajarillos... ¡Ay, Dios, qué pereza tengo.



—Espera, que ya vendrá; no te desesperes, no. ¿Son ya las ocho y no llega? Espera, que allá voy yo.

tan hondo como necesita el cante ése... Yo lo he oído una vez, y ¡redios! que no puedo acordarme sin que me golpeen en el pecho y se me haga un nudo en la garganta.

Y esto diciendo, escanció en los vasos, y, al llevar el suyo á la boca, exclamó:

—¡A la salud de aquel señorito!

Después de limpiarse con un pañuelo, en que estaba impreso el mapa de España, prosiguió:

—Hará dos años, fui yo con mi compañía á un pueblo de la provincia de Málaga á reforzar la línea de la costa. Llegamos á la caída de la tarde. A mí me alojaron en casa de unos ricos labradores. Hechas las operaciones preliminares, me disponía á salir, cuando en la puerta de mi cuarto se presentó una serrana, que tenía unos *clisos* que parecían dos hogueras. «—Oiga *osté, melitá*: la mesa está debajo de la parra y los amos le esperan. Conque lo primero es antes», dijo; y se escurrió como una anguila, sin darme tiempo á un chicoleo.

Poco después salía yo, sin una mota de polvo, el bigote retorcido como hilo de zapatero y dispuesto á derrochar saliva con aquella serrana.

¡Vaya, otro trago, muchachos!

Bebieron todos; el cabo Bravata encendió una tagarnina húmeda y picante, y siguió así:

—Como éstas son cruces, que al recordar aquella escena se me ponen los nervios como hilos de hielo y no quisiera... Pero, en fin, allá va.

Bajo frondoso emparrado, cuyos racimos empezaban á colorear, y en derredor de una mesa, sobre la que había abundante cena, estaban sentados los dueños de la casa y una hija, muchacha entrada en años. En los rostros de los tres se mostraban el disgusto y el pesar. Hasta la serrana de los *clisos*, que se apoyaba en el arriate que separaba la estancia de un jardincillo, aparecía tristonza, mirando al suelo.

Al llegar, comprendí que había habido escaramuza y me dispuse á largar cuatro chirigotas con que alegrar á aquellas gentes, que me recibieron á la funerala.

—Conque ¿éste es mi sitio? —dije, indicando el en que había una silla.

—Sí, señor, —contestó el ama.

—¿De modo que estamos todos?

—No; falta Arturo, nuestro hijo.

—¿Acaso está enfermo?

—¡Quia! —objetó el padre.—Figúrese usted que está enamorado de una señorita con quien charló todo el tiempo de estudiante. Hace un año terminó la carrera, y, como aun no soltaba la prenda, en cuanto otro le ha hablado de iglesia, lo ha dejado á la luna de Valencia, y desde entonces está el *chavea* hecho un *mandria* y metido por los rincones. ¡La señorita!...

—Mira, Juan, no me gusta oírte hablar así. El no ha querido más que á esa mujer, y esperaba casarse, como sabes, cuando se hubiese acreditado como abogado; y cuando más creído estaba en realizar sus ensueños de siempre, viene ese golpe traicionero á

destruir sus ilusiones y á turbar su razón. ¡Pobre Arturo! Está avergonzado, porque es muy digno; está triste, porque el sentimiento lo ahoga. ¡Pobre hijo mío!

Y aquella buena mujer soltó el llanto y sollozaba con la amargura de las madres...

Mientras el señor Juan consolaba á su mujer, queriendo disimular lo que ya le salía á la cara, la hija, más compungida que una dolorosa, me dijo:

—¡Si viera cómo se ha quedado en cuatro días! Flaco, ojeroso, pálido. Apenas duerme, apenas habla. Siempre taciturno y sombrío. Ya

FRASES TEATRALES



¡Arriba el telón!

La Saeta

pasa las horas escribiendo cartas, que después hace pedazos, ya tocando la guitarra y cantando; y las más de ellas, llorando y diciendo: «¡Me ha engañado, me ha engañado!»

Y esto al decir, exhaló un suspiro, de esos que salen de lo más hondo, y exclamando: «¡Hermano mío!... ¡madre de mi alma!», se arrojó al cuello de su madre. Y aquellos dos seres, llorando por una misma causa, agobiados por la pesadumbre de una misma pena, estrecharon sus pechos, henchidos de amargura, y los labios secos de cada una de ellas se refrescaron con el amargo sabor de las lágrimas de la otra.

Maquinalmente me levanté. La tabla del pecho me crujía. Los ojos los tenía más tiernos que un recién nacido y la garganta más seca que un barquillo. ¡Malditas sean...! Fui á maldecir á las mujeres y gemí. La serrana fué á preparar unas tazas de tila. El señor Juan lloraba por dentro, como los hombres de verdad. Me dirigió una mirada, que comprendí. Mas cuando fuí á dirigir frases de consuelo á aquellas dos mujeres, que me recuerdan los ángeles de la tierra, allá en el fondo del jardincillo vibraron las cuerdas de una guitarra, cuyos sones semejaban los sombríos quejidos

de un alma desgarrada por el dolor; después de aquel preludio, á un canto de malagueña lleno de delicadeza y dulzura, impregnado de melancolía, en que cada nota era un gemido, cada frase un ¡ay! prolongado, se unió una voz varonil, robusta, extensa, artísticamente modulada, llena de tristísimo sentimiento, que en el más puro y castizo estilo de la tierra malagueña me dejó oír este cantar:

Ha envenenado mi alma,
me ha herido en el corazón,
me ha engañado y se ha reído...
¡y no la castiga Dios!

—¡Hijo mío!—sólo pudo pronunciar el señor Juan, llorando como un chiquillo y abrazando á su mujer é hija...

En cuanto á mí, confieso que no vuelvo en mi vida á oír cantar flamenco. Yo, que soy más duro que piedra berroqueña, que no me arrancan una lágrima los ayes del moribundo en los campos de batalla, vi convertidos mis ojos en dos manantiales, desmintiendo el valor que acreditan las cicatrices que deforman mi cuerpo y este puñado de cruces que cubre mi pecho.

SALVADOR ROIG CORTES.

DEVANEOS

Pasad, delirios de la mente mía,
febriles dudas de mis ansias locas;
no arrebatéis, con impiedad malvada,
dulces ensueños de color de rosa...
Yo adoro á una mujer con ese impulso
del fuego que aniquila, que devora;
con ese amor que abraza las entrañas
y que del fondo de mi alma brota.
Yo adoro á una mujer. Dicen las gentes
que hay en su pecho corazón de roca,
que hay en su aliento venenoso efluvio
y en su cariño pertinaces sombras.
Pero hay también en sus ardientes ojos
los destellos radiantes de la aurora,
dulzuras infinitas en sus labios
y palabras más dulces en su boca,
y hay curvas incitantes en su cuerpo
y hay en su rostro sonreír de diosa...
A veces una lucha me atormenta;
surge la duda atroz que me sofoca
y me voy con la estúpida corriente
dejando á la mujer que me emponzoña.
Pero á veces, con llanto en las pupilas,
me llama el corazón, que era de roca,
y ya siento que brota la esperanza
y un nuevo día en mis ideas brota.
Yo desprecio á ese mundo miserable
que mi ambición y que mi dicha estorba:
¡para las dulces ilusiones mías,
teniendo á esa mujer, el mundo sobra!

Pasad, delirios de la mente mía;
febril locura, iluminad las sombras;
no arrebatéis, con impiedad malvada,
dulces ensueños de color de rosa

JESÚS CARRILLO DEL VALLE.



Mlle. DUBERRY

RÁPIDA

EL sol atravesaba el *stor*. Pasando entre los *portiers*, llegaba al espacioso dormitorio, y reflejándose en las barnizadas columnas del lecho matrimonial, despertó á Luis, quien, refregando inconscientemente sus párpados, dilatava las pupilas sin atreverse á dar crédito á sus ojos admirados...

No soñaba venturas. Era cierta su felicidad.

Cerca de él veía á la mujer que tanto amó, y ahora adoraba más porque ya era suya.

¡Se habían casado!

Allí estaba la hermosa, conservando sus cabellos la artística *toilette* de peinado de novia; las mejillas sonrosadas por el calor; sus labios entreabiertos, ofreciendo quizá más besos todavía; los brazos desnudos, aprisionando con sus manitas blancas las ropas, cual si por un resto de pudor virginal evitaran dejar al descubierto encantos admirables que desde la noche anterior sólo de un hombre debían ser conocidos...

Entrecortado suspiro puso fin á la muda contemplación del esposo.

Ella, tras ligero estremecimiento, abrió sus ojazos, dejando ver el color de las pupilas, paseando la vista por los muebles de la estancia, perfumada con la voluptuosidad de la noche primera de amor satisfecho...

Un montón de recuerdos poblaron su mente. Y cuando la mirada de la novia chocó con la de Luis, el rubor coloreó más aquellas mejillas, y sus labios, temblorosos, avergonzados por la emoción sufrida, modularon bajo, en voz muy bajita, la pregunta del poeta:

—Di: ¿me quieres todavía?...

E. PELÁEZ MASPONS.

MILLE. JULIETTE DANGIS



CANTARES

La imagen que yo venero
porque endulza mis penillas,
es la Virgen del Consuelo.

—
Al hombre que la engañó
la he visto pedir limosna,
y él; sin escuchar su llanto,
la dijo: —Dios te socorra.

Cuando te di el primer beso,
¡qué hermosa estaba tu cara!
Luego te entregaste á todos
y el mirarte me da lástima.

—
La vi muriéndose de hambre,
la di un pedazo de pan,
y se lo llevó á su madre.

No te fies, que te engaña;
esa mujer tiené celos
y quiere tomar venganza.

—
La he visto sola en el templo,
de una imagen á los pies,
preguntándole dudosa:
—¡Madre mía! ¿Le querré?

ANTONIO MARTÍN GAMERO.

ME CORTO LA COLETA

Ya que escribo por placer,
 es muy justo
 que me dejen componer
 lo que á mí me venga en gusto;
 pero en vista de que hay gente
 que me exige algún aborto
 de mi mente
 de poeta,
 yo me corto
 la coleta.
 Sí, señor;
 porque cuando estoy de humor
 tengo instantes
 en que busco á lo mejor
 consonantes,
 y encuentro amigos cargantes
 que piden versos de amor.
 De estos pedigüefios, unos
 se contentan con la rima;

pero algunos
 ¡aun piden dinero encima!
 Y como no sé negarme
 ni excusarme,
 aunque sea haciendo ascos,
 les hago versos sencillos.
 ¿Iba yo por esos pillos
 á calentarme los cascos?
 No. Yo sólo cuando intento
 describir una belleza,
 me caliento
 la cabeza
 Un amigo me pedía
 que escribiera una Elegía,
 y al decirme á su manera
 que quería
 que le hiciera
 «solamente una *lejta*»,
 le mandé á su lavandera.

Otro amigo, que es discreto,
 se valió de mil amañios;
 pero consiguió un soneto
 para dar á su pariente
 muchos años,
 ¡y eso que, según la cuenta,
 tiene ya más de cuarenta!
 Y así podía citar
 mil que me hacen escribir
 sin dejarme descansar.
 ¡Todos vienen á pedir,
 pero nadie viene á dar!
 Ya, pues, que esa gente abusa,
 desde hoy á escribir renuncio.
 Diré que ha muerto mi musa.
 Y si no admiten la excusa,
 ¡que pidan versos al Nuncio!

A. SERRA CUBELLS.



Al ver estudio tan bello,
 quisiera ser militar

para mandar á esta chica:
 —¡Batallón!... *de frente*, ¡mar!

EPIGRAMAS ⁽¹⁾

Donde á un hombre se mató,
 los jueces un bastón vieron
 que un sujeto, al que prendieron,
 por suyo reconoció.
 Este probó que no había
 cometido aquel delito,
 aunque el fiscal en su escrito
 atroz pena le pedía.
 Que en tal proceso el fiscal
 dedujo su pretensión
apoyado en el bastón
 del presunto criminal.

—
 Por ganar dos pesetas,
 críticas, Iñigo;
 ¡quién no tiene en su vida
 momentos *críticos*!

—
 —Obtuve, al fin, la merced
 de que Irigoyen *me oyese*,
 pero á gritos, porque es ése
 sordo como una pared.
 —Debes decir de Irigoyen,
 y dispensa te replique,
 que es sordo como un tabique,
 porque las paredes oyen.

—
 Porque hace de dama joven
 una cómica ya vieja,
 dice que sólo se tiene
 la edad que se representa.

—
 Aumentativo guasón
 es mantón: que así se diga
 no es justo ni está en razón,
 pues, generalmente, abriga
 más la manta que el mantón.

JOSÉ M.^a SOLÍS MONTORO.

(1) De la «Colección epigramática».

Miscelánea

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que doña Sebastiana Sola tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El País, El Nacional, La Lidia, La Caza Ilustrada, Arte y Letras, y Heraldo Taurino.* Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

COCINA CÓMICA

Queso cocido al rayo

Compras un queso de bola de los más duros que encuentres; te lo llevas á tu casa, en el almirez lo metes, y si no logras partirlo con tres martillazos fuertes, espera que haya tormenta, lo pones á la intemperie, y allí te lo parte un rayo y al propio tiempo lo cuece.

J. A.

—Ya es hora de que dejes esa vida de bohemio. Entre los ministros conozco uno que de seguro te colocará con un sueldo decente.
—Y ¿tendré que trabajar?
—¡Naturalmente!
—Pues entonces no me conviene; gano mucho más con el *sable* y estoy más descansado.

Pidió la palabra en el primer día de sesión un grandísimo hablador, y le dijo el presidente:
—¿Para qué la quiere usía?
—Para consumir la presente legislatura.

DINERO se facilita sobre papeletas de los Montepíos, pianos sin retirar, á comerciantes con dos firmas, en primera hipoteca y toda garantía que convenga. Puertaferrisa, núm. 11, 2.º, 2.ª, de 10 á 1 y de 4 á 7.

En la playa:
—¡Cómo! ¿Va usted á bañarse inmediatamente después de comer? Eso es una grave imprudencia. Puede usted perecer en el mar.
—No hay nada que temer. No he comido más que pescado.

Fuga de consonantes

.a.a. .o. .a. o .e..o.
á .a .e.o.ió. .e a..i.a.,
.ue .ó.o .e .o.u.i.a.
á .u .a..e .o..e.o.;
.u.o. o. .u. .e.o.i.o.
. .u.o. .o. .u. .e.a.e.;
.e.i.e..o e..o. .ue .i .a.e.
.a. .e .e. .u.o. .u. .i.o.

MANDINGA.

CRÈME SIMON

à la glycérine

Poudre
de riz Simon



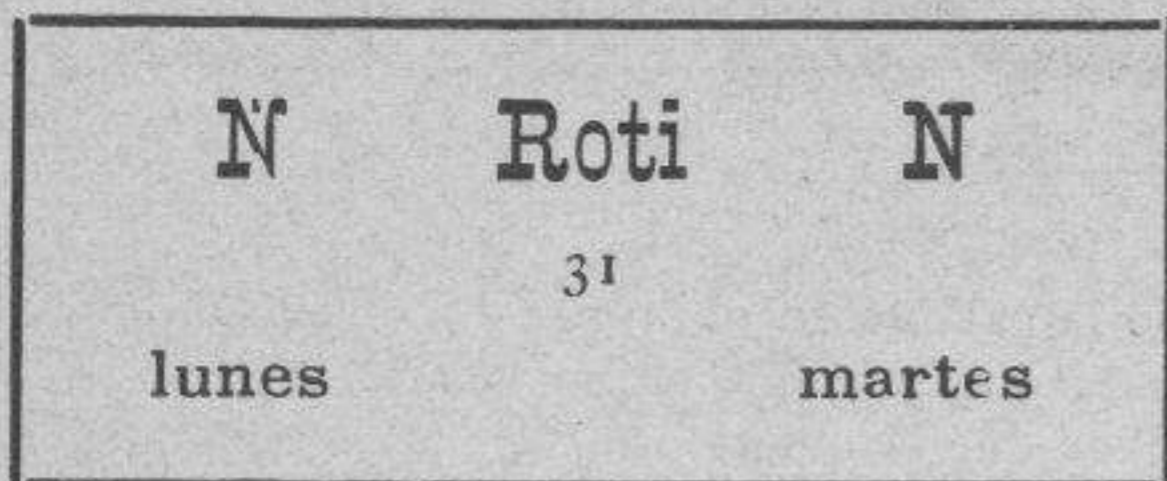
Savon
à la Crème Simon

Maravillosos para la
TOILETTE DIARIA

Preserva el rostro de las influencias del FRIO, del SOL, ó del aire del MAR
Blanquean y suavizan divinamente el cutis

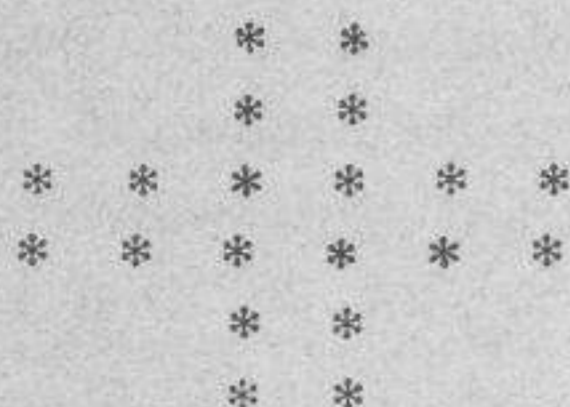
J. SIMON → 13, Rue Grange-Batelière, 13 ← PARIS

Jeroglífico comprimido



JUAN TALLADA.

Cruz latina



Substituir las estrellitas por letras, de modo que se lea horizontal y verticalmente: 1.^a línea, capital de reino; y 2.^a, nombre de mujer.

JOSÉ VALLÉS SARDO.

Soluciones á lo insertado en el núm. 548

CHARADA.—Sortija.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO.—Notario.

CUADRADO:

```

L I L A
I N E S
L E O N
A S N O
    
```

ACRÓSTICO:

```

C I P R I A N A
A N T O L I N A
G E R M A N A
V E N A N C I A
L E A N D R A
G R E G O R I A
C A S I M I R A
P A U L I N A
    
```

Correspondencia

Flecha.—Desde luego puede usted mandar, remitir, enviar ó largar su nombre y apellidos. Su «Rima» resulta algo confusa; mande otra cosa más clara y agradable y se publicara.

J. M. G. B.—La paliza que le da usted á las corridas de toros me parece más inocente que otra cosa. El asunto está muy manoseado. La «Letrilla», francamente, tam-

co me gusta ni un pitillo. Más intención al escribir, más corrección y menos ilusión.

Leño.—Créame usted, señor Leño: con ese pseudónimo no es posible escribir bien, ¡leño! Con el hombre dé Dios. ¿De dónde ha sacado usted que esto es una redondilla?

«Se apagó la luz de cien soles
y al abrir tú los ojos gachones,
alumbraste las sombras livianas
y yo perdí entonces la calma.»

La cabeza es lo que usted ha perdido, y no la encontrará hasta que nos deje en paz con sus continuas latas. No escriba usted más, ó de lo contrario iremos y le daremos con el pseudónimo en la cabeza.

P. M.—Me ha gustado y se publicará muy pronto; pero procure dar un tono más alegre á las composiciones. Menos lágrimas, que bastantes tenemos que derramar por fuerza en este pícaro mundo.

S. H. J.—Su artículo «Cascarillas» es muy malo y además muy largo. Cuando escriba otro, dirijalo á cualquier periódico, menos á éste.

T. D.—Enterado, agradecido y... se publicará.

M. R. D.—Pero, hombre, ¿está usted loco?

P. C. G.—Su «Primer beso» es una tontería de marca mayor. Aquí no tenemos tiempo de arreglar versos ajenos. Busque usted un maestro y aprenda, que buena falta le hace.

S. A. N. Recibido su original y lo publicaremos; pero ¡por Dios haga usted algo más alegre!

Cupido Ciego.—¡Santa Lucía... te mate, para que no escribas más!

J. G. O.—Se publicará su «Amorosa».

F. M. R.—«Corazón» para los ruiseñores, muy bien; pero á mí no me gusta.

F. F.—Su «Rápida» pasó rápidamente de mi mano al cesto. ¡Es tan inocente!...

Prohibida la reproducción de los originales de este número

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia
al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
Año. 11 »
Extranjero y Ultramar, un año. 17 »

Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico de B. Baseda, Villarroel, 17 —Barcelona



Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

Carmen facilitaba la entrada del caballero.

Las murmuraciones tomaron ya más cuerpo y llegaron hasta los oídos del barón.

Al principio no quiso darles crédito.

Pero también dijeron alguna cosa á la anciana baronesa, ésta se fijó en detalles de que no hizo caso al principio, hasta que, por fin, se convenció de que entre Gosálvez y la institutriz había algo muy grave.

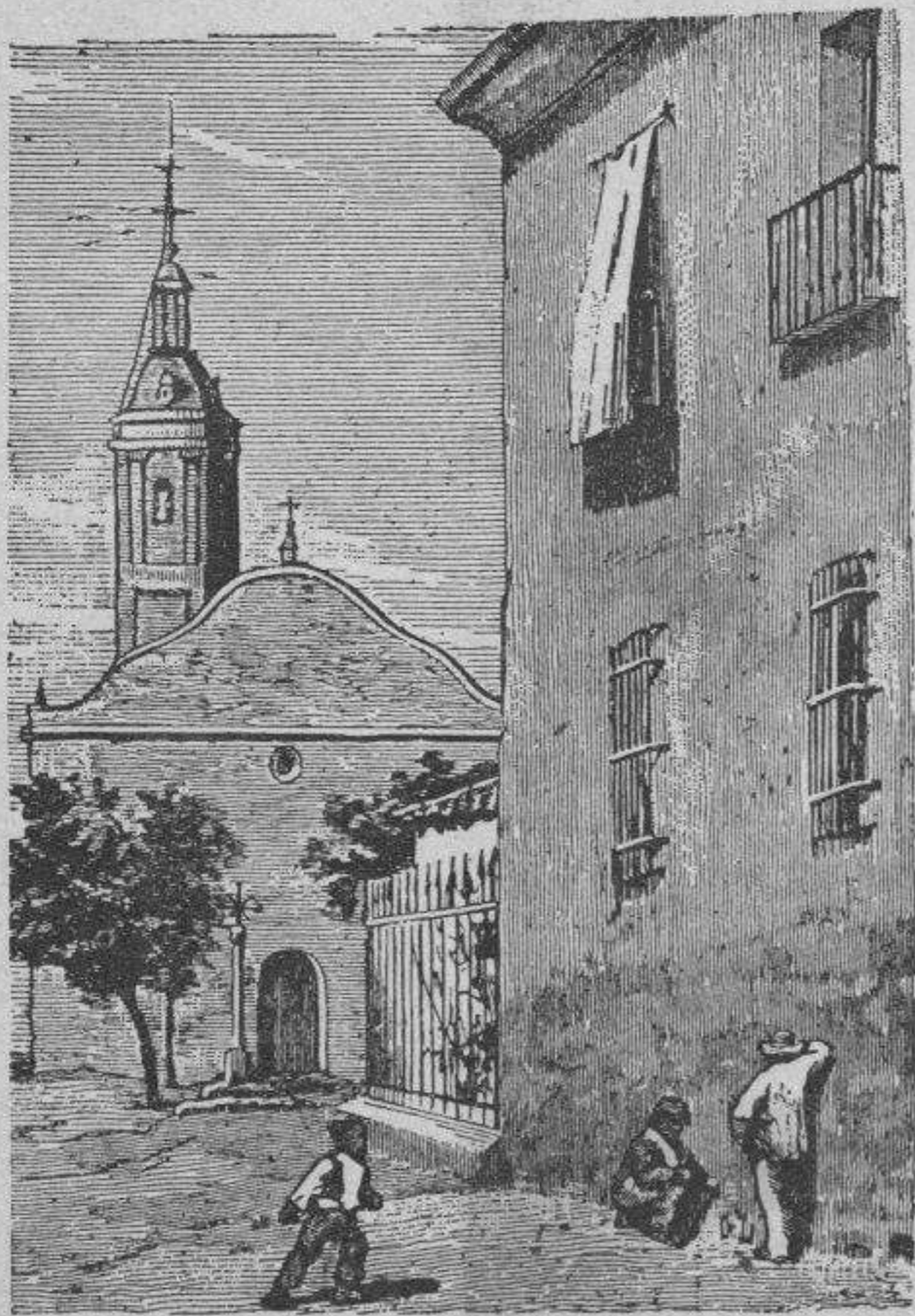
Había llegado el verano, y la casa de los barones de la Torre, situada en un extremo del pueblo y cerca de la iglesia, era bastante solitaria.

Por una parte se extendía la gran verja de hierro que rodeaba el jardín, abrazando dos de los lados del extenso inmueble.

Los otros dos lados estaban resguardados por la tapia de que hemos hecho mérito.

En el ángulo formado por los dos lados de la tapia estaba el pabellón, del cual la institutriz había hecho casi su residencia, tan luego había concluído con las lecciones que daba á la nieta del barón.

La plazoleta formada delante de la iglesia y del vetusto caserón de los barones estaba frecuentada, gran parte del día, por los muchachos que, al ir ó salir de la escuela, se entretenían á jugar en ella.



LA PLAZA DE LA IGLESIA

Como se le había dicho que á la hora de la siesta, es decir, cuando era mayor el calor y,

por lo tanto, más escasos los transeuntes por aquellos sitios, era cuando Luis solía deslizarse dando la vuelta á la posesión, para llegar á la puertecilla del mismo, dió el encargo á uno de sus criados que observase y le avisara en el momento que viese á Gosálvez entrar en el pabellón.

Una tarde, en ocasión que sólo había en la plazoleta dos ó tres muchachos, y el criado del barón, aparentando ver el juego de los chicos, estaba apoyado contra la pared de la casa, Luis, abandonando la casa que habitaba, cruzó la plaza, sin reparar en las personas que había en ella.

Poco después llegaba, bajo el amparo de la tapia, á la puerta falsa.

Hizo una señal de antemano convenida, y poco después entraba en el pabellón.

Carmen, aun cuando algo desmejorada, estaba preciosa.

Luis quiso abrazarla; pero la joven, conteniéndole con algo de aspereza, le dijo:

—No podemos perder tiempo. Es preciso que hablemos de algo muy grave y que resolvamos lo que se ha de hacer.

Gosálvez miró á la joven sorprendido.

—No te comprendo,—repuso.

—Eso prueba el poco interés que por mí te tomas,—dijo con amargo acento la joven.—Hace días te dije que mi situación era bastante comprometida, que las consecuencias de mi debilidad no tardarían en hacerse perceptibles, y que era preciso me probases lo que tantas veces me juraste.

—Y que estoy dispuesto á cumplir.

—¿De qué modo?

Gosálvez se quedó silencioso. La verdad era que no sabía qué contestar.

—¿Lo ves?—le dijo la joven con dolorosa ironía.—Acabas de decirme que estabas dispuesto á cumplir lo que tantas veces me prometiste, y no sabes lo que has de hacer para ello. ¡Oh! ¡Cuán cara va á costarme mi credulidad! Ya me parece que todos me miran con curiosidad, que me señalan con el dedo. Sé que se murmura de mí, y temo que estas murmuraciones lleguen á oídos de la señora baronesa y pierda su aprecio y sus bondades, así como he perdido ya la honra. ¿Y todavía callas? —prosiguió la joven con irritado acento, viendo el pertinaz silencio de su amante.

(Continuará.)

EL DIABLO COJUELO.

PLAZA DE TOROS

VALENCIA

PRIMERA FUNCION DE LA TEMPORADA
EXTRAORDINARIA
CORRIDA DE NOVILLOS
para el Domingo 25 Marzo 1900
a las TRES y MEDIA de la tarde

MACHAQUITO
LAGARTIJO

AMBOS DE CORDON

Se picaran, banderinearán y serán picados a estoque

SEIS TOROS
defectuosos, de la muy renombrada ganaderia del
Excmo. Sr. D. Eduardo Miura
de Sevilla, con bravos VERDE y NEGRA, por la siguiente

CUADRILLA

ESPADAS: Rafael Gonzalez, MACHAQUITO y Rafael Molina, LAGARTIJO
PICADORES: Rafael Garcia, QUIN, Angel Medina, Miguel Ochoa, Emilio Andon, VINTUNOT, Vicente Palomo,
BANDERILLEROS: Martin, MANERA, Juan Rodriguez, MOJINO, Francisco Domingo, CHOCULEN, Francisco Oca, MANERA,
QUIN, Juan Ruiz, OLAVIN, Miguel Bernal, PAJALARGA, UN PONTILLERO

LOCALIDADES	PRECIOS	LOCALIDADES	PRECIOS
Plaza de Toros	1.00	Plaza de Toros	1.00
Plaza de Toros	1.00	Plaza de Toros	1.00
Plaza de Toros	1.00	Plaza de Toros	1.00
Plaza de Toros	1.00	Plaza de Toros	1.00

ENTRADA GENERAL SOMBRA 150 Ptas
ENTRADA GENERAL SOL UNA Pta.

De D. H. Romero Orozco, para anuncio de corridas de toros (núm. 330 del catálogo)

53 40



20 cénts.

Núm. 550

UNA PARTIDA DE CAZA

(CONTINUACIÓN)

La llegada del señor cura puso término por un momento á las ruidosas aclamaciones y á la algazara promovida por las personas reunidas en el salón.

La dueña de la casa acogió cariñosamente al anciano, quejándose de lo tarde que se presentaba.

Estas quejas llevaron consigo una explicación de parte del sacerdote, refiriendo la escena que había tenido lugar en el molino con todos los demás incidentes que ya conocen nuestros lectores.

Apenas terminaba el cura su relato, que ya era conocido de la castellana, se anunció la llegada de la molinera y de su hijo, á quienes acompañaba el indispensable Belami.

Todos iban vestidos con trajes de ceremonia que, como es consiguiente, embarazaban sus movimientos, dándoles cierto aspecto ridículo que forzosamente había de excitar la hilaridad.

Al par que la señora Cretú y su hijo entraban en el espacioso comedor, Magdalena y su hija Antonieta aparecían por otra puerta, poniendo, por decirlo así, en un verdadero conflicto á la dueña de la casa.

Sin embargo, tenía ésta sobrada discreción y experiencia para demostrar sus simpatías y su afecto á la pobre viuda y su hija, tan encarnizadamente perseguidas por la molinera y el difunto usurero Cretú, sin que hubiera motivo á resentimiento por parte de la madre de Paincuit.

Mas á pesar de esto, la molinera no pudo disimular su despecho al ver que, á pesar de la sencillez con que iban vestidas la viuda y su hija, había en ellas ese aspecto de distinción y elegancia naturales, que contrastaba de un modo extraordinario con su aspecto rudo y embarazado, á pesar de la riqueza y del valor intrínseco de las prendas que ella y su hijo vestían.

La dueña de la casa estuvo un buen rato hablando con Magdalena, mientras la envidia se reflejaba en el rostro de la madre Cretú, y, al despedirla, la dijo:

—Venid á verme mañana. Llamaré á mi notario y dejaremos arreglado ese asunto. Adiós, hijas mías; no faltéis. Hubierais debido decírmelo antes; pero, en fin, veremos de remediarlo.

VI

La historia del cura

Mientras Collinet saboreaba con verdadera fruición de gastrónomo los delicados manjares servidos en la cena de la castellana y ésta distraía su atención entre las diversas personas que acudían á felicitarla y los que tenía sentados á su mesa, el cura, antiguo amigo ya de Daniel y que gustaba más de hablar con el joven que de escuchar las insulseces que llegaban hasta su oído, propuso al joven, aprovechando la dulce placidez de la noche, marchar al jardín, donde podrían hablar libremente sobre alguno de los acontecimientos que habían tenido lugar aquel día.

El sitio que habían elegido no podía ser más agradable; pero apenas habían tomado posesión de él, vieron surgir por entre la espesura de los árboles á Paincuit y Antonieta, que también se habían dado cita en aquel sitio.

Tan distraídos estaban los dos jóvenes, que no advirtieron la presencia del sacerdote y Daniel, que contenían hasta la respiración para evitar el ser descubiertos.

—Por más que tú digas, querida Antonieta,—la decía Paincuit,—mi madre no es mala en el fondo. Ya verás cómo al fin se ablanda.

—No lo espero, y puedes estar seguro que tiemblo á la sola idea de que haya sorprendido la cita que me diste y caiga de repente sobre nosotros como una bomba, llenándome de injurias, lo que á ella le cuesta muy poco trabajo.

—No lo creas, Antonieta. Tranquilízate,—repuso Paincuit;—no hay mujer en el mundo, por mala que sea, de la que no se obtenga algo si se la sabe manejar. Mi madre es orgullosa, es verdad; pero en tratándose de mí, es buena y desinteresada. Ya tú ves: entre el señor cura y yo, hemos conseguido que suspendiese las diligencias.